

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Viernes, 07 de Diciembre de 2007

LA BARCA DE CARONTE. PRIMER CAPÍTULO. SÓSANA.

Susana ha pasado unos duros meses desde que, desafortunadamente, murió su marido, en un fatal accidente de tren. Susana quedó duramente marcada en aquellos días. El peor día fue cuando tuvo que ir al instituto anatómico-forense para reconocer los restos. El cadáver presentaba un aspecto atroz: el torso estaba completamente vaciado, de manera que no existía más que un hueco donde anteriormente debieron alojarse los órganos vitales del tórax. El doctor le pidió disculpas. No era una imagen digna de ver. Sin embargo, lo importante para su identificación era la cabeza. La cabeza tenía un severo corte que cruzaba toda la cara. La parte opuesta a la cara, simplemente, no existía. Pedro, que era como se llamaba su marido, tenía un reconocible lunar cerca de la sien derecha. Este detalle fue lo que hizo que a Susana le diera una pequeña descarga eléctrica, un desmayo. El cadáver fue encontrado bajo un vagón. La cara estaba cortada por la acción de los raíles que habían actuado como cuchillas.

Tras varias semanas en el psicólogo, Susana decidió que nada ni nadie podía explicarle lo que le venía ocurriendo. No era fácil que alguien le creyera. No era fácil vivir esos acontecimientos. Susana sentía verdadero pánico cuando ocurrían. Ella no quería ver a su marido de esa forma. Su marido ya no estaba allí. Había sido enterrado y estaba descansando en paz. ¿Pero realmente descansaba en paz?

Varios días después de la muerte de Pedro, Susana se encontraba en su dormitorio. Tenía toda la cama para ella. Muy a su pesar. No tenía hijos. Solo llevaban dos años casados y, aunque lo habían intentado, no tenían hijos. Cuando las dos de la madrugada ya habían sonado, de repente, Susana comenzó a oler algo muy familiar para ella. Susana no conciliaba muy bien el sueño. Pero eso olor sin duda, la hubiera despertado. Era el perfume favorito de su marido. Era el perfume que utilizaba comúnmente. ¿Pero cómo podía estar allí? Ese perfume se lo regaló a un amigo de la familia, de modo que ya no estaba en casa. Susana encendió la lamparita de la mesita y comprobó, con pavor, cómo el frasco de ese perfume, el mismo que había regalado días antes, estaba volcado sobre el tocador que estaba frente a su cama y como el líquido chorreaba hasta el borde del tocador, derramándose por el suelo. ¿Qué hacía allí el perfume? ¿Quién lo había llevado? ¿Con qué finalidad?

Una tarde, después de trabajar, al llegar a casa, Susana recibió una llamada muy especial. Era Pedro. Susana soltó inmediatamente el teléfono y se echó hacia atrás sobre el sofá. Pero pudo oír todo lo que le decía a través del teléfono: “Te quiero. Te quiero. Perdóname. Quiero que tengas un hijo. Hazlo por mí. Te he fallado.” Esto no se pudo grabar en el contestador. Susana hubiera podido presentar pruebas “creíbles” sobre lo que le estaba sucediendo. Esa noche, Susana durmió en casa de sus padres. No tuvo valor para soportar la noche en su casa.

A la mañana siguiente, Susana se asustó aún más. Al llegar al dormitorio quedó estupefacta cuando vio la cama desecha y, sobre todo, sobre la silla del tocador, cada una de las prendas con las que Pedro murió. Estaban colocadas, sin arrugas, como recién planchadas. Pero, sobre todo, ¿quién había deseche la cama? ¿Quién había dormido allí? ¿Qué hacía esa ropa sobre la silla? Susana pudo recordar en qué estado estaba la ropa cuando fue a reconocer a su marido. Eran tiras de tela. Estaba casi carbonizada. Y ahora había aparecido como nueva.

Susana entregó las prendas a la comisaría de policía para que le hicieran unas pruebas de ADN, si acaso las podían hacer. Los resultados fueron contundentes: coincidían con el cadáver que ella misma reconoció. Era la ropa que su marido llevaba el mismo día de su muerte. No había ni cartera, ni dinero, ni nada que identificara al dueño de estas prendas. Pero no hacía falta. Susana sabía que aquello pertenecía a su marido. El ADN lo corroboró.

Susana se estaba acicalando días después para asistir a la fiesta de cumpleaños de su hermano. Estaba sentada frente al tocador. Mientras se pintaba los labios percibió cómo la lámpara del dormitorio, que se reflejaba levemente en el espejo, tenía un movimiento pendular. Se movía muy levemente, pero lo suficiente, como para comprobar que aquello no era normal. Después cesó. Pero cuál no fue su sorpresa cuando, al fondo, se reflejaba en el espejo a alguien sentado sobre la cama. Estaba detrás de ella, en la cabecera de la cama. Era un individuo con la cara cortada, deforme y con la ropa hecha jirones y abrasada. Era Pedro. Pedro era quien se reflejaba sobre el espejo del tocado. Susana tenía el corazón latándole a marchas forzadas. Estaba al borde del desmayo, si no del infarto. Quería mirar hacia atrás, pero no se atrevía. Esto trascurrió en unos pocos segundos. Finalmente miró hacia atrás. No había nadie. Pero al volver a mirar al espejo, tenía a Pedro detrás, a su espalda, caminando hacia ella. Ahora sintió pánico de verdad. Después, Susana ya no recuerda más que lo que pudo ver mientras se encontraba inconsciente. Había hablado con Pedro. Le dijo que, donde estaba, se encontraba muy feliz. Y que tenía casa. Pero quería tener a su mujer a su lado. Y le dijo que quería tener hijos. Que allí donde estaba podía tener hijos. Y que aquello era muy hermoso. Había praderas que se perdían en el horizonte. El cielo era azul, nadie sufría y no había dolor.

Dos días después de haberle contado esto a su madre, Susana amaneció con el cuello atado con una soga a la lámpara de su dormitorio y su cuerpo se balanceaba como un péndulo de reloj. Fue una vecina quien alertó a las autoridades. Por fuera de la casa, un testigo vio cómo un personaje deforme con el ropaje quemado había entrado un poco antes en esa casa. Susana se había suicidado. Lo triste es que, como nadie la ayudó, como nadie la creía, nadie pudo evitar que esto sucediera. Al menos, Susana y Pedro están ahora juntos. Lo que no sabemos es cómo, dónde, con quién, y lo más aterrador, por qué.